

Decirse lacaniano: una identificación sexuada

Marguerite Charreauⁱ

“La interpretación no se somete a la prueba de una verdad que se zanjaría por sí o por no, ella desencadena la verdad como tal. Sólo es verdadera en la medida en que se sigue verdaderamente.”
J. Lacanⁱⁱ

Querer su deseoⁱⁱⁱ

Decirse lacaniano concierne el “autorizarse de él mismo y algunos otros” del analista, y plantea la pregunta sobre el deseo del analista, teniendo como particularidad, para empezar, la interrogación sobre lo que este deseo tiene de relación, y más precisamente de identificación, con Lacan. Decirse lacaniano implica de ese hecho, una toma de posición personal y convoca a cada uno de nosotros de manera propia y particular; llama un querer ser lacaniano, donde el querer compromete al deseo y lo sostiene, un querer que lleva a hacer una elección. Esto es lo que entiendo (j’entends) cuando Lacan, en su intervención en Caracas^{iv}, dice de sí, que él es freudiano, y queda para nosotros ser lacanianos, *si queremos*.

Lacan, por ser Lacan, no puede decirse lacaniano.^v En la relación con Lacan, no ser Lacan sería una condición primera, esencial, para poder decirse lacaniano, lo que necesita una brecha, una distancia del mismo Lacan: “sean ustedes lacanianos”, afirma.

Si Lacan se dice freudiano, eso no nos impide ser freudianos, todo lo contrario. Del mismo modo que ser lacaniano, si es que esto fuera reconocible, no puede garantizar en nada un ser freudiano sin un pasaje por Freud. Decirse lacaniano implica para nosotros una relación determinada con Freud que tiene en cuenta a Lacan, su lectura de Freud y su re-torno (re-tour) a Freud. Decirse lacaniano supone decirse freudiano.

El “si quieren” de Lacan significa que nada obliga a ser lacaniano, dicho de otra manera, que tenemos la opción. Esto significa a su vez que, para serlo, hay que quererlo. Y yo añadiría: es preciso también aportar lo suyo. La segunda condición para decirse lacaniano sería el quererlo, lo que se encuentra en el “decirse”. Dado que el “decirse lacaniano” compromete un “querer su deseo” de ser lacaniano, más allá incluso de un pensar con Lacan y de una práctica llamada lacaniana, prerequisites, sin embargo, esenciales de aquello que concierne a los analistas.^{vi}

No se trata de tomarse a sí mismo por Lacan, sino de tomar en cuenta la brecha en el “decirse”, en el sufijo *-iano* de lacaniano; brecha necesaria que no excluye aceptar ser incauto, en el sentido de ser engañado por su inconsciente al punto de poder, al final de cuentas, decidir –entiéndase (à entendre) en el sentido de tener la elección– no amar este inconsciente.^{vii}

¿Puedo decirme lacaniana?

Es bajo esta forma que la cuestión de mi relación con Lacan es planteada, lo que tuvo por efecto la adición de dos letras, “n” y “e”^{viii}, pasando de *lacanien* (lacaniano) a *lacanienne* (lacaniana), y suscitando de alguna manera una brecha suplementaria con Lacan en la feminización: Lacan, *lacan-ien*, *lacan-ien-ne*. Si bien es cierto que no hay que confundir la marca de lo femenino con un signo de sexuación, me pareció, no obstante, que había en el “decirse lacaniano” una correlación con Lacan como hombre, en relación con lo cual yo me situaba como mujer, y que en esto se comprometía algo de lo sexuado.

Opté por responder en primera persona y decir algo de mi relación con Lacan dando cuenta de un sueño que tuve. Mientras que la cuestión de escribir un artículo sobre este tema me atormentaba, había puesto sobre una hoja algunas reflexiones, tal como me venían, no muy complejas ni bien elaboradas, pero digamos suficientes para abrir caminos. De ahí mi sueño.

No resulta obvio escribir en primera persona, tampoco dar a leer un sueño propio. Freud lo hizo y extrajo de ello una teoría del sueño. Esto, es cierto, no justifica que yo lo haga también, y mucho menos que consiga producir algo transmisible fuera de elucubraciones que no me conciernen más que a mí o a algunos de mis allegados. Pero no quería tampoco ocultarme tras un pudor falso y renunciar a esta oportunidad de lanzarme sobre la estela de Freud a partir de uno de mis sueños, como forma de poner en acto mi identificación con Freud y Lacan.

No daré explicaciones particulares concernientes a las razones personales e íntimas de este sueño, sino sólo aquellas que retoman las interrogaciones alrededor de la identificación tal como se planteó a través de “decirse lacaniano”. Dejaré de lado ciertos detalles del sueño que vienen como pensamientos latentes, deseos inconscientes y que van más allá del tema del artículo. No buscaré tampoco revelar una verdad supuesta y universal venida del inconsciente que mi sueño sacaría a la luz sobre “decirse lacaniano”, sino más bien dar cuenta de una posición que es la mía, a partir de mi sueño.

El sueño

Me miro en un espejo y me doy cuenta con estupor que mi cara está transformada: no la reconozco. Mis labios son particularmente carnosos y la forma de mi cara cambió mucho. Además, la cara que descubro en el espejo está ostensiblemente maquillada. Mis labios son de un rojo llamativo; su contorno está delineado por un trazo sombrío, reforzando los contrastes ya fuertemente acentuados; mis ojos aparecen también muy maquillados, lo que modifica mi mirada; la base de maquillaje, en capa espesa, no esconde profundas bolsas bajo mis ojos. No me reconozco y, sin embargo, efectivamente soy yo, ahí, mirándome en el espejo. Lo sé.

Me dirijo a un hombre de apariencia masculina, el cual sé que es homosexual. Le expreso mi asombro mezclado con inquietud: "¿Has visto cómo estoy? Estoy completamente transformada. Mi cara está toda hinchada. Diríamos un travesti (travelo)."

Me desperté perpleja. ¿Cuál puede ser esa cara "toda hinchada" y "ostensiblemente maquillada" en el espejo, cara que sé que es mía, pero de la cual los rasgos faciales no me permiten reconocerla como tal? ¿Por qué este maquillaje y por qué esta expresión de "travelo"?^{ix}

Volteándome hacia mi compañero, caí en cuenta de que sucedía algo: caí en cuenta de que esa cara, que no reconocía en mi sueño como mía, aunque sabía que era de mí de quien se trataba, esa cara que se había sustituido por la mía era la de aquel hombre aún dormido a mi lado. Mi cara transformada era de hecho la de un hombre, un hombre maquillado de mujer, una apariencia de cara de mujer.

En retrospectiva (après coup) me resultaba claro que el maquillaje excesivo, particularmente visible, no podía más que esconder que esa cara era la de un hombre, pero esto no me saltó a la vista enseguida, hubo que despertar y voltearme hacia mi compañero para caer en cuenta. Si había hablado de "travelo" al homosexual de mi sueño, aquel al que me dirijo después de haber visto mi reflejo en el espejo, era, me daba cuenta ahora, en tanto tenía la cara de un hombre, en tanto que yo me identificaba con un hombre. Fue necesario que de mujer me convirtiera de cierto modo en un hombre, para que, mediante el maquillaje ostensible, la evocación de "travelo" tuviera un sentido.

Al mismo tiempo, más cerca de la lógica del sueño y de lo que es dicho sobre eso, no hay que pasar por alto el hecho de que tomo la cara de un hombre sabiendo que es de mí de quien se trata, en otros términos, sabiendo que soy una mujer. Ser un travelo supone ser un hombre, un hombre que se viste, se maquilla como una mujer. Como soy una mujer, no puedo ser un travelo, sólo puedo *hacer semblante* de ser un travelo. "Diríamos un travelo" es, por otra parte, la expresión precisa de mi sueño cuando me dirijo al hombre homosexual; expresión que condensa un proceso complejo en tres tiempos, lo veremos más tarde, y que reenvía, es lo que aquí nos interesa, a un semblante, dando en retrospectiva una tonalidad nueva al "decirse lacaniano": el "decirse", en eco al "diríamos" de mi sueño, no equivaldría a un ser sino a un semblante, en este caso a un "ser como una mujer", que tendría que ver con la identificación sexuada.

La función del semblante en su redoblamiento

La extrañeza del sueño se manifiesta en que esa cara de hombre es la mía, pero la mía en tanto que yo sé, o creo saber, que soy una mujer. No se trata allí del resultado de un simple trabajo de condensación del sueño que me permitiría ser a la vez un hombre y una mujer. Soy

una mujer, y no un hombre. Es en todo caso lo que me parece *evidente* al despertar. Soy una mujer con la cara de un hombre quien, debido al maquillaje de mujer, se parece a un travelo.

¿De dónde me vino este pensamiento, tan neto al despertar, de que era una mujer? ¿Cómo podía estar tan segura de eso? Nada en el sueño lo indica *a priori*. Me asombré en retrospectiva de que esta afirmación me haya surgido, ya que parecía salir de una lógica que sería: soy una mujer, porque estoy maquillada como un travelo, es decir, como un hombre que hace semblante de ser una mujer. Dicho de otra manera: ya que soy *como* un hombre que hace *semblante* de ser una mujer, entonces soy una mujer. Sin duda no es muy simple.

Retomo. Hago semblante de ser un hombre que él mismo hace semblante de ser una mujer. Con un semblante que cuenta, que se cuenta redoblándose, y con el que hay que contar. Es ese uno de los efectos del maquillaje ostensible, exagerado, que se encuentra en la función del semblante: nadie puede equivocarse allí. No se trata de disimular, sino de designar y de mostrar lo que se esconde. ¿No sería justamente en el redoblamiento del semblante que algo de verdad puede decirse de lo sexuado, permitiendo entonces, a fin de cuentas, la distinción entre "tomarse por" como identificación, que tendería a confundirse con lo idéntico?

Este redoblamiento corresponde a una brecha doble que se produce, por un lado, a través del espejo en el cual me identifiqué con una cara de hombre y, por otro lado, gracias al maquillaje que me da la pinta de una mujer. Una brecha doble, una identificación doble, aquella del espejo que me reenvía otra imagen de mí misma, y aquella del maquillaje.^x

Podemos contar tres tiempos que vienen a hacer escansión: el primer tiempo, el de identificarme como una mujer, es a la vez punto de partida y punto de llegada, ya que esta cuestión de lo sexuado no fue finalmente interrogada y reconocida más que en retrospectiva del sueño, al despertar. El segundo tiempo, aquel de identificarme como un hombre, que se manifiesta a la vez en el sueño con el término "travelo" y al despertar, en el hecho de ver a mi compañero durmiendo después de reconocer que su cara corresponde al reflejo de la mía en el sueño. Este tiempo simboliza muy particularmente lo que hay allí de identificación con una cierta diferencia, ya que no me confundo con un "ser hombre": es dicho claramente que no es verdad que soy un hombre; de la misma manera que, en la identificación con Lacan del "decirse lacaniano", no es verdad que soy Lacan. El tercer tiempo corresponde al semblante de mujer, significado por la expresión "travelo" y manifestado por el maquillaje. Este tercer tiempo vuelve sobre el primero, bajo la forma del semblante cuya función es mostrar lo que es escondido y marcar una brecha.

Sería pertinente relacionar este proceso complejo en tres tiempos con la figura del ocho interior, cuya particularidad, en cuanto al conteo, consiste en que una vuelta más se impone para que la primera pueda contarse. Esta vuelta más se halla en el sueño bajo la forma del retorno de un semblante de mujer que me permite contarme como ser sexuado mujer, a partir de la identificación con un hombre.

Al final de cuentas, es el tercer tiempo el que, por efecto del retorno y después del camino recorrido, hace posible que el primer tiempo se cuente como uno, y se ponga por consiguiente a contar hasta permitir un decir, que suena como el "autorizarse de él mismo"

del analista, bajo la forma de un "autorizarse de su sexo": un "decirse travelo", dirigido al personaje del homosexual y que regresa bajo una forma invertida para reconocer un querer ser *una* mujer, en un "decirse mujer" con relación a *un* hombre.

El sueño, el despertar y la escritura

Quisiera en este momento señalar un punto sobre la función del sueño y sobre el despertar, a partir de una intervención de Lacan en *El sueño de Aristóteles*^{xi}. Aquí Lacan dice que "Es en tanto que el psicoanalizante sueña, que el psicoanalista tiene que intervenir." Salvo que, añade, el psicoanalizante no quiera, de ninguna manera, ser despertado: "–sueña, es decir, se atiene a la particularidad de su síntoma–." Lacan reconoce lo que anticipaba Freud, quien planteaba el sueño como aquello que permite garantizar el reposo, y añade que la interpretación que el analizante puede hacer de eso, con la ayuda del analista, no basta para despertarlo.

¿Cuál sería entonces el paso suplementario que posibilitaría deshacerse –o desprenderse– de su sueño, que permitiría despertarse? ¿Qué es lo que podría hacer que un sueño de despertar, producido en un deseo de no despertarse, al fin de cuentas, despierte? Tal como lo comunica Lacan al final de su intervención: "Considero un buen signo que haya alucinado en mi sueño al despertador soñando, puesto que, contrariamente a lo que dice Freud, ocurre que yo me despierto. ¡Al menos en este caso me desperté!".

El ejercicio con el cual me confronté me permite plantear que se tienen sueños donde la función no es proteger el reposo sino más bien soñar *con* el despertar, así como *para* el despertar, sin que se trate aquí de sueños traumáticos o pesadillas. En mi caso, el despertar es un tiempo que forma parte del sueño, como partícipe del sueño mismo y no una simple prolongación. Añadiría que lo que se produce con y a partir del sueño, en este caso, un escrito en aras de una publicación es, por el hecho de servirme de él, lo que me permite despertarme.

El sueño es soñado con la idea de un pasaje a la escritura, de un pasaje a lo público; es tomado en la lógica de la escritura, al igual que es de ésta su motor, lo que lo distingue del sueño que se sueña para sí o para el analista. El sueño está incluido en el acto mismo de escritura, participa de la escritura. Sirve a la escritura en la medida en que es el origen y el objeto de ésta. Tiene como punto de partida un "querer lo que se desea" –para retomar la expresión de Lacan– que, en su realización misma, requiere que me las arregle con el tiempo del despertar y que me despierte.

En la confrontación con la escritura a partir de un sueño, en el pasaje a lo público, en la dirección más allá de la cura, hay un cambio de lugar, una toma de posición, un acto de enunciación, que hace momento de pase. La cuestión del pase se encuentra de alguna manera presente en mi sueño en el hecho mismo de que el sueño resulta de la voluntad de escribir un artículo, y del hecho también de que la escritura se haya realizado a partir del sueño: trenzado entre sueño y despertar, inscribiéndose en un pasaje a lo público haciendo acto.

Claro está que no hay lugar aquí para hablar del pase como tal, ya que el dispositivo no está aquí presente, sino más bien de un momento en el que un decir hace acto de enunciación, en el mismo hecho de dar cuenta de, permitiendo una toma de posición: una identificación como transformación.

La identificación como transformación

A la pregunta "¿puedo decirme lacaniana?" el sueño respondió bajo la forma de una identificación en dos tiempos –la identificación con un hombre, quien después se identifica con una mujer–, para llevar a la expresión del deseo de ser una mujer, pero también a la realización por el doble bucle de una elección.

Es en retrospectiva del sueño, en el tiempo del despertar y reconocer la cara de mi compañero (presente en el sueño a la vez como hombre y en su vínculo con Lacan), que me percaté de que la identificación que ocurría –mi identificación con Lacan– era del orden de una identificación sexuada. El despertar, en su confrontación con una cierta realidad en su vuelta sobre el sueño, aparece sobre todo como partícipe del sueño mismo, y lo inscribe del lado de la elección, más allá de su papel de cumplimiento del deseo.

Así, el sueño no hizo más que poner el acento en el –iana (*ienne*) para orientar el "decirse lacaniano" hacia la cuestión de la identificación sexuada. Diría que el sueño, por el hecho de articularse con el tiempo del despertar, tuvo también por efecto la transformación de la pregunta inicial que se planteaba en términos de *poder* ("¿puedo?") para llevar a la enunciación de un *querer*, su deseo.

A partir de mi sueño, prolongando lo que Lacan sostiene en *Los no incautos yerran*^{xii} en su conexión entre el ser sexuado y el analista –en el sentido de que tienen en común la misma fórmula, la de autorizarse de él mismo y de algunos otros–, hice resonar el "decirse lacaniano" con la identificación sexuada y con el hecho de finalmente autorizarse de su sexo, en el sentido de un compromiso (*engagement*) que empuja a efectuar tal elección, la elección de su sexo.

Sin duda no habría tenido el mismo pensamiento sin este tiempo del despertar y lo que lo acompañó, sin duda no habría hecho la misma interpretación. ¿Esto quiere decir entonces que varias interpretaciones son posibles y que nada garantiza que no me equivoque en la interpretación que hago hoy? Sostener esto sería no tener en cuenta la importancia del querer, presente en el tiempo del despertar, que permite que se opere un paso suplementario, inscribiendo al sueño en un "querer su deseo de ser una mujer", un "autorizarse ser una mujer", donde la cuestión de un "decirse lacaniano" lleva a un "querer ser lacaniana".

ⁱ “Se dire lacanien : une identification sexuée”, fue publicado originalmente en *Essaim* n° 42, èrès, Toulouse, 2019, pp. 41-48. Traducido al español por Elizabeth Núñez González, en estrecha colaboración con la autora.

ⁱⁱ J. Lacan, *De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 13.

ⁱⁱⁱ La expresión “querer su deseo” ha de entenderse en el sentido de “querer aquello que se desea”, lo cual se encuentra en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: ‘Psicoanálisis y estructura de la personalidad’”, cuando Lacan habla del sujeto “llamado a renacer para saber *si quiere lo que desea*” (las cursivas son de la autora). J. Lacan, *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 2003, p. 662.

^{iv} J. Lacan, “El seminario de Caracas”, 12 de julio de 1980, <http://www.psicoanalisis.org/lacan/caracas.htm> “Sean ustedes lacanianos, si quieren. Yo soy freudiano.” Intervención que termina así: “Ya está. Declaro abierto este Encuentro, que versa sobre lo que enseñé. Quienes hacen que haya yo enseñado algo, son ustedes con su presencia.”

^v Con una excepción: “Me di cuenta de algo, y es que quizá solo soy lacaniano porque en otro tiempo estudié chino. Quiero decir con esto que ahora, al leer las cosas que había transitado, balbuceadas como un bobo, con orejas de burro, percibí que están al mismo nivel de lo que cuento.” *De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 35.

^{vi} Lacan no dudó en decir, no sin humor, que Platón y Freud eran lacanianos, antes de tiempo y sin saberlo. Cf. *Los no incautos yerran*, 20 de noviembre de 1973, inédito: “En lo cual nuestro querido Freud tiene de lacaniano el que, ya que todo lo que acaba de decir acerca del sueño es únicamente construcción, cifrado, ese cifrado que es la dimensión del lenguaje nada tiene que ver con la comunicación.”; Cf. también *...o peor*, 15 de marzo de 1972: “εἶδος, que se traduce impropriamente por *forma*, es algo que nos promete ya la delimitación de lo que deja un hiato en el decir. En otros términos, a decir verdad, Platón era lacaniano. Naturalmente, él no podía saberlo.” *... o peor*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 128-129.

^{vii} J. Lacan, *Los no incautos yerran*, inédito, 11 de junio de 1974.

^{viii} En español sería el cambio de la letra “o” lacaniano, por la letra “a” lacaniana (N. de la T.).

^{ix} En vísperas del sueño, tuve la oportunidad de hablar de travestismo, y vi, además, dos travestis en el metro. Dejaré a un lado las razones del uso de esta expresión particular “travelo” para concentrarme sobre el hecho de que, en mi sueño, este término es empleado para hacer referencia a un hombre que se presenta como una mujer.

^x ¿Cómo no pensar aquí en el uso de la máscara, ya sea por la cara de un hombre o el maquillaje de mujer? Sería interesante ahondar en esa relación a partir del término mascarada, retomada por Lacan en *Las formaciones del inconsciente* cuando evoca el artículo de Joan Rivière, “La feminidad como mascarada”. J. Lacan, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 262.

^{xi} J. Lacan, *El sueño de Aristóteles*, Conferencia en la Unesco. Coloquio por el 23° centenario de Aristóteles. Publicación por la Unesco, *Sycomore*, 1978, pp. 23-24. Traducción de Carlos Faig, <http://interpretesoniricos.blogspot.com/2015/01/jacques-lacan-el-sueno-de-aristoteles.html>

^{xii} J. Lacan, *Los no incautos yerran*, 9 de abril de 1974, inédito. “El ser sexuado no se autoriza más que por él mismo. En el sentido de que puede elegir, quiero decir que aquello a lo cual uno se limita, para clasificarlo varón o mujer en el estado civil, no impide que él puede elegir. Esto, por cierto, todo el mundo lo sabe. El ser sexuado no se autoriza más que por él mismo; pero yo agregaría: y por algunos otros.”